



*San Juan de los Reyes. Detalle actual de la cúpula. Bóveda del coro.*

aun debiendo decidir de la victoria un esfuerzo último y desesperado, en ese instante debísteis nacer vosotros, hijos de la fe de un guerrero o de la oración de una Santa.

¿Pero qué imaginación concibió vuestra majestuosa mole, y levantándola sobre tan robustos cimientos escribió en sus sillares la epopeya de sus siglos? Mas yo te veo, ardiente enamorado del arte; te veo a la luz de la triste lámpara, compañera de tus viglias, trazar sobre el pergamino una y otra figura geométrica. En vano para realizar lo que concibe tu mente, acudes a las reglas de los maestros; en vano, porque la inspiración no ha extendido sus alas sobre tu cabeza; por eso apartando lejos de ti el compás y la escuadra te arrojas sobre tu lecho presa de la desesperación y del insomnio.

El vendaval silba al estrellarse contra las

agujas de los campanarios y estremece los vidrios de tu ventana; la lluvia cae en turbiones y Toledo duerme. Tú, no; un mar de lava arde en tu fantasía y entre las hirvientes crestas de sus olas se agitan y confunden las partes del todo que buscas, tú las sigues con la mirada inquieta, las ves unirse, deshacerse, tornarse a encontrar y desencajarse de nuevo, formando cien y cien combinaciones cada vez más extravagantes y locas, hasta que al fin prorrumperes en un grito, un grito de alegría sin nombre, el grito de ¡Tierra! de Colón.

Otra vez la lámpara está encendida; encorvado sobre la mesa, tu mano dibuja con seguridad un edificio: es San Juan de los Reyes que el genio acaba de sacar de la nada.

En tanto la luz chisporrotea; la llama cae en turbiones, el vendaval que silba en los campanarios azota las vidrieras de tu ventana y